LIBRO dot.com

EL VESTIDO DE LA MUJER

OSCAR WILDE



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Mr. Oscar Wilde, que nos pide que le concedamos `él más encantador de todos los placeres, el placer de contestar a los que lo critican a uno", nos envía las siguientes observaciones:

La "Señorita diplomada" debe ocupar, naturalmente el primer lugar, no sólo por su sexo, sino también por su inmejorable salud.

Su carta es extraordinariamente razonable.

Deduce dos conclusiones: que los tacones necesarios a toda dama que quiere conservar su ropa limpia del barro estigio de nuestras calles; y luego, que sin un corsé apretado es imposible sostener cómoda y adecuadamente la cantidad habitual de enaguas y demás.

Y esto es realmente cierto.

Mientras las prendas inferiores cuelguen de las caderas, es sumamente necesario un corsé.

El fallo está en no sostener de los hombros todas las prendas del vestido. En este último caso, un corsé resulta inútil y el cuerpo queda libre sin nada que obstaculice la respiración y el movimiento. Hay más salud y, por consiguiente, más belleza. En realidad, todas las prendas de la indumentaria, más carentes de gracia y comodidad que el mundo ha prescrito en su necedad, no sólo el corsé apretado, sino el tontillo, el verdugado, el aro, la crinolina, y esa monstruosidad moderna, llamado "perfeccionador del vestido", todos esos artículos, todos sin excepción, deben su origen al mismo fallo, que consiste en no percatarse de que es en los hombros y sólo allí donde deben estar sostenidas todas las prendas.

En lo referente a los tacones altos, admito gustoso que hay que dar cierta altura suplementaria al zapato o a la bota, si han de usarse en la calle faldas largas. La objeción que hago es que sería necesario esta altura al tacón únicamente y no a toda la suela.

La bota moderna de tacón alto no es, en realidad, sino el zueco de la época de Enrique IV, al que se hubiera quitado el soporte delantero. El reduce el inevitable efecto de proyectar el cuerpo hacia adelante, acorta el paso, y desde ese momento, ocasiona esa carencia de gracia que proviene siempre de la falta de libertad.

¿Por qué despreciar los zuecos? Se ha derrochado mucho ante en los zuecos. Se han fabricado con lindas maderas, delicadamente incrustados en marfil o nácar. Un zueco podría ser un sueño de belleza y, si no fuese demasiado alto o demasiado pesado, sería también comodísimo. Pero si hay personas a quienes no les agraden los zuecos, que intenten alguna adaptación de los pantalones bombachos de la dama turca, que son amplios alrededor del muslo y ceñidos al tobillo.

La "Señorita diplomada", con una emoción que no me deja insensible, me suplica que no conceda ditirambos apoteósicos a "esa cosa fea que es una falda dividida con franjas, volantes y enaguas".

Reconozco que las franjas, los volantes y las enaguas tienen como efecto seguro desnaturalizar por completo el objetivo de esa prenda que consiste en dar soltura y libertad; pero considero esas cosas como frivolidades culpables, como pruebas trágicas de que la falda dividida se avergüenza de su propia división. El principio de esa prenda es bueno, y aunque no represente en modo alguno la perfección, es un paso hacia ella.

He de abandonar, para desdicha mía, a la "Señorita diplomada" para ocuparme de W Entworth Huyshe. Éste repite la antigua objeción de que el vestido griego no está en relación con nuestro clima, y añade a esto una afirmación, bastante nueva para mí: la de que el traje masculino de hace un siglo era preferible al de la segunda parte del siglo XVII, que yo considero como el período exquisito de la indumentaria inglesa.

Sin embargo, en lo que a la primera de esas dos afirmaciones se refiere, diré para empezar que el calor que proporciona el traje no depende en realidad del número de prendas que uno lleve, sino de la materia con que estén confeccionadas. Uno de los principales defectos del traje moderno es que se compone de un número excesivo de prendas, la mayoría

de las cuales son de una materia inadecuada, pero por un substratum de porcelana, tal como lo proporciona el doctor Jaeger, conforme al sistema alemán moderno, es perfectamente aplicable en nuestro clima, nuestro país y nuestro siglo. Este hecho importante ha sido ya señalado por E. W Godwin en un excelente aunque demasiado breve Manual del Traje, escrito para la exposición de la Higiene. Llamo a este hecho importante porque de él resulta que toda forma de traje encantador es perfectamente practicable en nuestro frío clima.

Godwin hace notar, es cierto, que las damas inglesas del siglo XVIII abandonaron al cabo de cierto tiempo los vestidos flotantes de principios del Renacimiento por una moda más adecuada, como parecer requerir la Europa septentrional. Admito de buen grado este aserto y su significación, pero lo que yo pretendo y de lo que estoy seguro, y Godwin lo reconocerá conmigo, es de que los principios, las leyes del vestir griego, pueden ser perfectamente realizadas, aun en un vestido moderadamente ceñido y con mangas; me refiero al principio de sostener todo el vestido de los hombros y de hacer que la belleza dependa del efecto, no de los adornos rígidos, confeccionados de antemano, de la modista moderna, lazos y faralaes, allí donde no deba haber ni lazos ni faralaes, sino de un juego exquisito de luz y de la línea que se obtiene merced a la riqueza y a la abundancia de los pliegues. No propongo la resurrección arqueológica de un antiguo traje; me limito a hacer un esfuerzo para indicar las verdaderas leyes de la indumentaria, leyes dictadas por el arte y no por la arqueología; por la ciencia y no por la moda; y, precisamente, así como la mejor obra de arte actual es aquella que combina la gracia clásica con la realidad absoluta, de igual manera de la repetición de los principios griegos de belleza, unidos con los principios higiénicos de Alemania, saldrá, tengo la seguridad, el traje del porvenir. Y ahora ocupémonos de lo que se refiere al traje masculino, o más bien al aserto de Huyshe sobre la superioridad, desde el punto de vista del traje, del último cuarto del siglo XVII sobre el segundo cuarto del XVIII.

El chambergo de alas anchas de 1640 resguardaba la cara de la lluvia en invierno y de los rayos solares en verano. No podría decirse lo mismo del sombrero de hace un centenar de años, con sus alas estrechas en comparación y su copa alta, precursor del moderno "tubo de chimenea".

Un cuello amplio es más sano que una corbata estranguladora, y una capa corta es mucho más cómoda que un gabán con mangas, aunque este último tuviera tres capuchones. Una capa es mucho más práctica.

Es ligera y descansa sobre el hombro en verano y, en invierno, ceñida alrededor del cuerpo, hace que estemos calientes. Un jubón también es más sencillo que una chaqueta y un chaleco; en lugar de llevar dos prendas, sólo se lleva una y, como está cerrado, el pecho queda más protegido.

Unas calzas cortas y anchas son siempre preferibles a los pantalones atados a las rodillas, que dificultan el riego sanguíneo. Y, finalmente, las botas altas de cuero blando, que podían llevarse por encima o por debajo de las rodillas, son más flexibles y, por lo tanto, dan mayor movilidad que las botas rígidas de montar a lo amazona, que tanto preconiza mister Huyshe.

Y ya no digo nada respecto a la gracia, a lo pintoresco, porque supongo que nadie ni siquiera mister Huyshe, preferirá un macarrón a un caballero, un Lawrence a un Van Dyck, o Jorge III a Carlos I; pero en cuanto a soltura abrigo y comodidad, ese traje del siglo XVII es infinitamente superior a todo cuanto lo sucedió, y no creo que haya sido nunca superado por ninguna otra clase de traje.

Sinceramente, espero que algún día Inglaterra pueda ver su resurrección nacional.